

« lo desaprueba. » No tiene duda que estas palabras convenian á la situacion, y sus enemigos le acusaron maliciosamente de que hacia de ellas un principio general. En otra ocasion quisieron echar fuera del teatro al actor que hacia el papel de Belerofonte, por haber dicho, segun lo requeria su papel, que la riqueza era preferible á todo. La pieza iba á desgraciarse; pero Eurípides subió al teatro, y habiéndosele dicho que quitase aquel verso, respondió que él habia nacido para dar lecciones, y no para tomarlas de nadie; pero que si tenian la paciencia de esperar un poco, verian como Belerofonte llevaba el castigo á que era acreedor. Cuando dió su *Ixion*, le dijeron muchos de los espectadores, despues de la representacion, que su heroe era demasiado malvado. Por eso, respondió, le he puesto al fin en una rueda.

Aunque el estilo de la tragedia, continuó Teodecte, no sea ya tan pomposo como en otro tiempo, es necesario, sin embargo, que sea proporcionado á la dignidad de las ideas. Emplead las gracias de la elocucion para encubrir las inverosimilitudes que os veis precisado á admitir; pero si teneis pensamientos que explicar, ó caracteres que pintar, guardaos de oscurecerlos con vanos adornos. Evitad las expresiones bajas. A cada especie de drama le conviene un tono particular, y colores distintos. La igno-

rancia de esta regla es la causa de que el lenguaje de Cleofonte y de Esteleno se acerque al de la comedia.

Nicéforo. Yo descubro otra causa. El género que vosotros tratais, es tan artificial, y el nuestro tan natural, que á cada paso os veis obligados á pasar del primero al segundo, y de tomar prestados nuestros pensamientos, nuestros afectos, nuestros usos, nuestros donaires, y nuestras expresiones. Os citaré solamente autoridades respetables, como Esquiles, Sófoeles y Eurípides, usando de equívocos, y haciendo alusiones insulsas á los nombres de sus personajes; y así es que Sófoeles pone en la boca de Ajax estas palabras estupendas: « ¡ay! ¡ay! ¡qué fatal conformidad entre el nombre que tengo, y las desgracias que padezco *!»

Teodecte. Por ese tiempo estaban en la persuasion de que los nombres que nos ponen, presagian el destino que nos aguarda, y no ignorais que en el infortunio es menester atribuirlo á alguna causa.

Nicéforo. ¿ Pero cómo se puede disculpar en vuestros autores el gusto de las etimologias falsas, los juegos de palabras, las metáforas frias, los chistes insulsos, las imágenes indecentes,

* Ay es el principio del nombre de Ajax. Los Griegos pronuncian Ay-as.

aquellas sátiras contra las mugeres, aquellas escenas interpoladas de un cómico bajo; y aquellos frecuentes ejemplos de rusticidad ó de familiaridad intempestiva? ¿Quién puede sufrir que en lugar de anunciarnos lisa y llanamente la muerte de Dejanira, vengan á decirnos, que acaba de hacer su último viage sin dar un paso? ¿Conviene á la dignidad de la tragedia que los hijos vomiten injurias groseras y ridículas contra sus padres; que Antígona nos asegure que sacrificaría un esposo y un hijo á su hermano, porque podría tener otro esposo y otro hijo; pero que no teniendo ya padre ni madre, no podía reemplazar el hermano que había perdido?

Nada extraño que Aristófanes lance de paso una saeta contra los medios en que Esquiles ha fundado el reconocimiento de Orestes y Electra; ¿pero debía Eurípides parodiar y ridiculizar este mismo reconocimiento? Me remito al parecer de Polo.

Polo. Confieso que mas de una vez me ha parecido que estaba yo representando una comedia con la máscara de la tragedia. Permitaseme añadir á los ejemplos que acabais de citar, otros dos sacados de Sófocles y Eurípides.

Habiendo tomado el primero por argumento de una de sus tragedias la metamórfosis de Tereo y de Procné, se toma la libertad

de gastar muchas chanzonetas contra este principe, quien como Procné aparece en figura de ave.

El segundo introduce en una de sus piezas un pastor, que cree haber visto en alguna parte el nombre de Teseo. Preguntado sobre ello, responde: «yo no sé leer; pero voy á describir la «figura de las letras. La primera es un redondo «con un punto en medio *; la segunda se compone de dos líneas perpendiculares, juntas «por una transversal; y así de las demas.» Observad que esta descripción anatómica del nombre de Teseo agradó tanto, que Agaton dió de allí á poco otra, que creyó sin duda mas elegante.

Teodecte. No me atrevo á asegurar que yo no aventuraré la tercera en una tragedia que estoy componiendo: estos juguetes del ingenio divierten á la muchedumbre; y no pudiendo reducirla á nuestro gusto, bien es menester que nos sujetemos al suyo. Nuestros mejores escritores se han lamentado de esta servidumbre, y la mayor parte de los defectos que acabais de descubrir, prueban claramente que no han podido sacudirla. Acercándose á los siglos heroicos, se han visto forzados á pintar costumbres

* Eurípides describía en esta pieza la figura de las seis letras griegas que componen el nombre de Teseo, ΘΗΣΕΥΣ.

diferentes de las nuestras; y al intentar acercarse á la naturaleza, debian pasar de lo simple á lo familiar, cuyos limites no están bastante señalados.

Con menos ingenio, corremos nosotros mayores riesgos. El arte se ha hecho mas difícil. Por un lado, el público saciado de las bellezas, que le presentan por tanto tiempo á sus sentidos, exige locamente que el autor reuna los talentos de cuantos le han precedido: por otro, se quejan los actores de que sus papeles no tienen bastante lucimiento; de manera que nos vemos obligados á ampliar ó violentar el asunto, ó á quitarle su trabazon; y aun muchas veces con su negligencia ó poca habilidad desacreditan una pieza. Polo me perdonará esta censura, y mas cuando aventurarla delante de él, es elogiarle.

Polo. Soy en todo de vuestro parecer; y voy á contar á Zopiro el riesgo que corrió en otro tiempo el *Orestes* de Eurípides. En aquella hermosa escena, en que este principe recobra el uso de sus sentidos, pasados los accesos de furor, no habia el actor Hegéloco proporcionado su respiracion; de suerte que tuvo que separar dos palabras, las que segun se elidían ó no, formaban dos sentidos muy diferentes; y así en lugar de esta expresion *despues de la borrasca veo la calma*, dijo esta: *despues de la borrasca veo el ga-*

to *. Ya se deja conocer el efecto que en aquel momento de interes produciria semejante despropósito; todo fué reir á carcajadas los espectadores, y prorumpir en epigramas picantes los enemigos del poeta y del actor.

SESION CUARTA.

En la cuarta sesion se ventilaron algunos puntos que se habian reservado hasta entonces. En primer lugar se notó, que en casi todas las escenas están las respuestas y las réplicas verso á verso, lo que hace el diálogo sumamente vivo y conciso; pero algunas veces poco natural. Lo segundo, que Pilades no dice mas que tres versos en una pieza de *Esquiles*, y ninguno en la *Electra* de Sófocles, como tampoco en la de Eurípides: que otros personajes, aunque presentes, callan durante muchas escenas, sea por exceso del dolor, ó sea por altanería de caracte-

Γαλγυζ, *galena*, en griego, significa la calma. *Γαλγυ*, *galen*, significa un gato. En el pasaje de que se trata, Hegéloco debia decir *galena oro, la calma yo veo*. Estas dos palabras se pronunciaban de modo, que se oía al mismo tiempo la última vocal de la primera, y la primera de la segunda. Cansado el actor, y falto de respiracion repentinamente, se vió obligado á pararse despues de la palabra *galena*, cuya última vocal omitió, y dijo: *galen... oro*, esto es un gato... yo veo.

ter. Lo tercero , que algunas veces se han introducido personajes alegóricos , como la Fuerza , la Violencia , la Muerte y el Furor. Lo cuarto , que los coros de Sófocles hacen parte de la accion ; los mas de Eurípides tienen poca trabazon con ella ; los de Agaton están del todo separados ; y que á ejemplo de este último , no se repara en el dia en insertar en los intermedios , otros fragmentos de poesía y de música , que hacen perder de vista el argumento.

Despues que se declararon todos contra estos abusos , pregunté yo si la tragedia habia llegado á su perfeccion. Todos respondieron á una voz , que algunas piezas no dejaban nada que desear , en cercenándoles algunos lunares que las desfiguraban , y no eran inherentes á su constitucion ; pero habiendo instado yo que Aristóteles titubeaba en este punto , se examinó esto mas de cerca , y se multiplicaron las dudas.

Los unos defendian que el teatro era muy vasto , y el número de los espectadores demasiado grande. De aquí resultan , decian ellos , dos inconvenientes : uno es que los autores tienen que acomodarse al gusto de la multitud ignorante , y el otro que los actores tienen que dar voces que los rinden , y aun así no suele oírlos parte del auditorio ; por lo cual proponian que se eligiese un recinto menor , y se aumentase el precio de los asientos , á fin de que solo los ocupa-

sen gentes decentes. A esto respondian otros , que este proyecto no podia conciliarse ni con la naturaleza , ni con los intereses del gobierno ; añadiendo , que si los espectáculos se mantenian con tanta magnificencia , era solo en gracia del pueblo y de los forasteros ; y que por un lado se destruiria la igualdad que debe reinar entre los ciudadanos , y por otro se perderia el dinero que los extrangeros dejan en esta ciudad mientras duran las fiestas.

Los primeros replicaban , que se podian suprimir los coros y la música , como ya se empezaba á practicar en la comedia. Los coros , añadieron , obligan continuamente á los autores á faltar á la verosimilitud ; porque es indispensable que los personajes de la pieza vengan , quieran ó no quieran , al patio de un palacio , ú á otro sitio descubierto , á manifestar sus mas intimos pensamientos , ó á tratar asuntos de Estado delante de muchos testigos , que suelen estar allí sin motivo alguno ; que Medea publique allí los terribles proyectos que medita ; que Fedra declare una pasion que quisiera ocultar aun de sí misma ; que Alcestes moribundo haga que le lleven allá para exhalar el último aliento. En cuanto á la música es un absurdo suponer que unos hombres oprimidos por el dolor , obren , hablen y mueran cantando.

Sin el coro , respondian los otros , no hay mo-

vimiento en el teatro, ni magestad en el espectáculo. No solo aumenta el interes durante las escenas, sino que lo conserva en los intermedios. A esto añadian, que el pueblo no querria privarse del atractivo de la música, y que adoptar la mudanza propuesta seria desfigurar la tragedia.

Guardémonos, dijo Nicéforo, de despojarla de sus exornaciones, pues en ello perderia mucho; pero á lo menos se le podría dar otro destino mas noble, y que á imitacion de la comedia...

Teodecte. ¿Nos haga reir?

Nicéforo. No; pero que nos sea util.

Teodecte. ¿Y quién se atreverá á decir que no lo es? ¿No están sembradas nuestras tragedias de máximas de la mas sana moral?

Nicéforo. ¿Y no está la accion misma en contradiccion con ella? Al saber Hipólito el amor de Fedra, se cree amancillado con solo saberlo, y no por eso deja de perecer. ¡Qué funesta leccion para la juventud! En otro tiempo, á imitacion nuestra, emprendisteis quitar el velo á los vicios del gobierno; ¡pero qué diferencia entre vuestro modo de proceder y el nuestro! Nosotros ridiculizábamos los desórdenes de los oradores del Estado; y vosotros insistiais tristemente sobre los abusos de la elocuencia. Nosotros deciamos á veces á los Atenienses verdades

duras y provechosas, y vosotros los adulais todavía con un descaro, que debiera causaros rubor.

Teodecte. Dando pasto á su odio contra el despotismo, los hacemos mas adictos á la democracia; y manifestándoles la compasion, la beneficencia, y demas virtudes de sus mayores, les ponemos delante modelos, manteniéndoles la vanidad para inspirarles honor. No hay asunto que no les haya enseñado á sobrellevar sus males, y á preservarse de los errores que pueden ocasionarlos.

Nicéforo. Yo convendria en eso, si la instruccion naciese de la sustancia misma de la accion; si desterraseis del teatro esas calamidades hereditarias en una familia; si el hombre no fuese culpable nunca sin ser criminal, ni nunca infeliz sino por el abuso de las pasiones; si el malvado quedase siempre castigado, y recompensado el hombre de bien.

Pero mientras sigais servilmente vuestras reglas, no teneis que esperar fruto alguno de vuestros esfuerzos. Es preciso, ó corregir el vicio radical de vuestras historias escandalosas, ó valerse de asuntos de imaginacion, como se ha hecho alguna vez. No sé si sus planes serian susceptibles de combinaciones mas acertadas, pero sé que la moral podría ser mas pura y mas instructiva.

Todos los circunstantes aplaudieron esta idea, sin exceptuar á Teodecte, quien sin embargo insistia, en que en el estado actual de las cosas era la tragedia tan util á las costumbres, como la comedia. Discípulo de Platon, dijo entonces Polo dirigiéndome la palabra, ¿qué dirian vuestro maestro y Sócrates de la disputa suscitada entre Teodecte y Nicéforo? Yo respondí, que hubieran desaprobado las pretensiones de ambos, y que los filósofos no podian ver sin indignacion aquel tejido de obscenidades y personalidades que amancillaban la antigua comedia.

Acordémonos de las circunstancias de aquellos tiempos, dijo Nicéforo: Pericles acababa de imponer silencio al areopago; y ciertamente no hubiera quedado ningun recurso á las costumbres, si nuestros autores no hubieran tenido valor para ejercer la censura pública.

No hay valor en ser malo, cuando queda sin castigo la maldad, respondí yo. Comparemos los dos tribunales de que acabais de hablar; veo en el del areopago jueces íntegros, virtuosos, y circunspectos, doliéndose de encontrar un reo, y no condenarle sin que estuviese convicto; veo en el otro escritores apasionados, energúmenos, y algunas veces sobornados, buscando victimas por todas partes, para sacrificarlas á la malignidad del público; suponiendo crímenes, exagerando vicios, y haciendo á la virtud la

afrenta mas horrible, en el hecho de vomitar las mismas injurias contra el hombre de bien que contra el malvado.

¿Qué reformador es ese Aristófanes, que era quien tenia mas ingenio y talentos, el que mejor conoció el donaire, y el que mas se dejó llevar de una feroz jovialidad! Se dice que solo trabajaba cuando estaba tomado del vino, pero mejor dirian que estaba tomado del odio y de la venganza. Cuando sus enemigos están exentos de infamia, entonces les tira al nacimiento, á la pobreza, y á los defectos personales. ¡Cuántas veces motejó á Eurípides con que era hijo de una verdulera! En lugar de agradar como debia á los hombres buenos, parece que muchas de sus piezas están destinadas únicamente para las gentes mas relajadas y perversas.

Nicéforo. Yo abandono á Aristófanes, cuando sus donaires degeneran en sátiras licenciosas; pero le admiro cuando penetrado de los males de su patria, se enardece contra los que la descaminan con sus consejos; cuando con este fin acomete sin miramiento á los oradores, á los generales, al senado, y aun al pueblo. Esto fué lo que acrecentó su gloria, y la llevó muy lejos. El rey de Persia dijo á los embajadores de Lacedemonia, que los Atenienses serian pronto dueños de la Grecia, si seguian los consejos de este poeta.

Anacarsis. ¿Y qué nos importa el testimonio del rey de Persia? ¿Ni qué confianza podia merecer un autor que no sabia, ó fingia no saber, que no se debe perseguir el crimen con el ridiculo, y que un retrato deja de ser odioso, en cargándole de rasgos burlescos? Nadie se rie de ver un tirano ó un malvado, ni tampoco se reirá al ver su imagen bajo cualquier aspecto que se le presente. Aristófanes pintaba con vehemencia la insolencia y rapiñas de aquel Cleonte, á quien aborrecia, y estaba al frente de la república; pero las bufonadas groseras y desagradables deshacian al instante el efecto de sus pinturas. Cleonte, en algunas escenas del mas bajo cómico, vencido por un hombre de la hez del pueblo que le disputa y quita el imperio de la insolencia, quedó tan groseramente envilecido, que no merecia ser despreciable. Lo que resultaba de esto es, que la multitud se reia de él, como en otras piezas se reia de Hércules y de Baco; pero en saliendo del teatro corria á postrarse delante de Baco, de Hércules y de Cleonte.

Las reprensiones que daba el poeta á los Atenienses, eran mas moderadas, sin ser mas útiles. Ademas de que se disimulaba fácilmente esta especie de licencia, cuando no iba contra la constitucion establecida, Aristófanes acompañaba las suyas con correctivos, traídos oportunamente. « Este pueblo, decia, obra sin reflexion

« ni consecuencia; es duro, colérico, insaciable
« de alabanzas; en sus juntas es un anciano que
« entiende con media palabra, y sin embargo se
« deja llevar como un niño á quien le enseñan
« un dulce; pero fuera de esto manifiesta el ma-
« yor juicio é inteligencia. Bien sabe que le en-
« gañan, lo tolera por algun tiempo, reconoce
« despues su error, y al fin castiga á los que han
« abusado de su bondad. » El anciano, lisonjeado con su elogio, se reia de sus defectos, y despues de haberse mofado de sus dioses, de sus gefes, y de si mismo, continuaba siendo supersticioso, bobo, y ligero.

Un espectáculo tan indecente y maligno irritaba á las personas mas sensatas é ilustradas de la nacion. Y estaban tan lejos de mirarlo como el apoyo de las costumbres, que Sócrates nunca asistia á las comedias, y la ley prohibia á los areopagitas componerlas.

Al llegar aquí, exclamó Teodecte: negocio concluido; y se levantó al momento. Esperad, le dijo Nicéforo, nos falta una decision sobre vuestros autores. ¿Y qué tengo que temer? dijo Teodecte: Sócrates gustaba de ver las piezas de Eurípides, estimaba á Sófoeles, y todos nosotros hemos vivido siempre en buena armonia con los filósofos. Yo que estaba á su lado, le dije al oido: eso es mucha generosidad. Sonrióse, y continuó en ademan de querer retirarse; pe-

ro le detuvimos, y yo me vi obligado á volver á tomar la palabra, que dirigi á Teodecte.

Sócrates y Platon hacian justicia al talento y á la probidad de vuestros mejores escritores; pero los acusaban de haber, como los demas poetas, degradado los dioses y los heroes. Y en efecto, creo que no os atrevais á disculparles en cuanto al primer punto. Toda virtud, toda moral queda destruida cuando los objetos del culto público, mas viciosos, mas injustos y mas bárbaros que los hombres mismos, ponen asechanzas á la inocencia para hacerla infeliz, y la impelen al crimen para castigarla de él. La comedia que expone semejantes divinidades á la risa pública, es menos perniciosa que la tragedia que las propone á nuestra veneracion.

Zopiro. Seria facil darles otro caracter mas augusto. ¿Pero qué se podria añadir al de los heroes de Esquiles y Sófocles?

Anacarsis. Una grandeza mas real y mas constante. Veré si acierto á explicarme. Si se atiende á las mudanzas que habeis tenido desde vuestra civilizacion, parece que se pueden distinguir tres suertes de hombres, que no tienen entre sí mas que relaciones generales.

El hombre de la naturaleza, cual era todavía en los siglos heroicos; el del arte, cual es ahora; y el que hace algun tiempo que la filosofia ha emprendido formar.

El primero sin artificio y sin falsedad, pero extremado en sus virtudes y en sus debilidades, no tiene medida fija, y así es ó muy grande ó muy pequeño; este es el de la tragedia.

El segundo, perdido el caracter noble y generoso que distinguia al primero, no sabe ni lo que es ni lo que quiere ser; de suerte que no se ve en él mas que una mezcla extravagante de usos, que le llevan mas á las apariencias que á la realidad, y de disimulaciones tan frecuentes, que parecen prestadas las mismas calidades que tiene propias. Su único recurso es representar la comedia, y él es á quien la comedia representa tambien.

El tercero está modelado con proporciones nuevas. Una razon mas fuerte que sus pasiones, le ha dado un caracter enérgico y uniforme; puesto al nivel de los acontecimientos, no permite que estos le arrastren en pos de sí como un vil esclavo: ignora si las adversidades de la vida son bienes ó males, sabiendo solamente que son consecuencia de aquel orden general, á que se cree obligado á obedecer. Goza sin remordimientos su carrera en silencio, y mira sin temor la muerte acercarse á él á paso lento.

Zopiro. ¿Y no le aflige vivamente la muerte de un padre, de un hijo, de una esposa, y de un amigo?

Anacarsis. Siente despedazársele las entrañas;